

VIÑETA

DON ANDRES MANJON



...El día 30 de octubre del año 1846 nacía Andrés Manjón en el pueblecito burgalés de Sargentos de la Lora. Ha transcurrido más de un siglo, y tanto su obra como su recuerdo siguen en pie, sin que tan largo espacio de tiempo haya logrado empequeñecer en lo más mínimo su gigantesca personalidad de educador indiscutible. Y es que la pedagogía manjoniana tiene, aparte de lo individual, de lo específico, de lo que podríamos llamar estilo «sui generis», un bello y fecundo entronque con la más brillante tradición universal... Manjón no es, pues, una isla solitaria, un creador amanerado y arbitrario, sino que su hermoso pensamiento se inspira en las mejores fuentes clásicas de la cultura europea. El bebe en las claras aguas del gran Pestalozzi, en el Padre Girard, en el insigne Fröebel y, finalmente, en la mística doctrina del dulcísimo Gerson... Sus antecedentes habría que buscarlos, igualmente, en las nobilísimas ideas cristianas de José de Calasanz, porque en este eximio castellano, lo mismo que en el ilustre santo aragonés, toda su extensa labor docente podría resumirse también en este título magnífico: «pedagogía del amor»... El lema calasancio «Piedad y Letras» lo sustituye Manjón por este otro, no menos auténticamente católico y español: «Ciencia y Virtud»..., ambos estrechamente abrazados en un profundo sentimiento de religiosidad y sabiduría... Manjón ardía en caridad hacia el humilde, hacia el pobre, hacia el ignorante, hacia el abandonado... Resulta siempre, por otra parte, en extremo interesante averiguar la cuna de un personaje célebre o de los hombres geniales que han dignificado la historia de la humanidad, porque

ello suele darnos, con frecuencia, la medida de su capacidad y, a veces, también el por qué de su vocación y de sus cualidades intrínsecas... El medio cósmico, geográfico, social y económico esculpen el espíritu y son, a menudo, las determinantes de su destino... Nacido el clérigo Manjón en un lugar austero, grave y silencioso, todo en su infancia conspiró favorablemente para forjar su misión rectora... Luego de varios insatisfechos, ensayos descubre, al cabo, en un modesto rincón granadino del Sacro Monte al gitanillo desvalido, vivaz y despierto, y concibe a su visita el generoso propósito de redimirle de la servidumbre del error y de la miseria... Montado en su borriquilla, sube y baja diariamente la cuesta del Oratorio y funda en sus «carmenes» las Escuelas Avemarianas, que han alcanzado ya dimensiones casi ecuménicas... Entonces se dio cuenta de que la sociedad actual precisa, más que nunca, de hombres buenos y justos, y se consagra por entero a comunicar saber a la inteligencia, fe a las almas y aromas al corazón... Su palabra evangélica impresionaba fuertemente a cuantos le oían. Aspera y suave a un tiempo, pero siempre ungida por la más tierna comprensión, ganaba pronto para su causa a los indiferentes, escépticos y reacios... A sus métodos originales, procedimientos intuitivos, formas amenas y realistas y a la interrogación socrática, hábil e ingeniosa, uníase la exposición ordenada de los conocimientos. Conciliaba armoniosa y perfectamente lo técnico con lo moral, lo teórico con lo práctico, lo aprendido de memoria con lo elaborado subjetivamente, fruto de la reacción mental del alumno... Para él lo formativo integral estaba por encima de todo. Dotado de cualidades asombrosas de educador de solera, aspiraba a que los conceptos penetrasen en el cerebro, a ser posible, mediante las ventanas abiertas de los sentidos, a los que mantenía en constante actividad durante el desarrollo de sus admirables lecciones, preferentemente de carácter intuitivo... Recia figura la suya, orgullo legítimo de su tierra y de su patria. Parodiando la frase grabada en el pedestal de la estatua de Fröebel, podríase poner asimismo, en el frontispicio del grupo escolar burgense que lleva su nombre estas emocionadas palabras: «¡Vivid eternamente para felicidad de nuestros hijos!»

ALEJANDRO MANZANARES

Inspector de Enseñanza Primaria